Anunciación

Leticia Vanina Romero Chumacero

♦♦♦

Para Gabriel

Es el único caso de menstruación viril documentado, hasta hoy. La magia de la tecnología informativa, sin embargo, transformó el aislado suceso del poblado mexicano en una suerte de fluido espeso y acechante, que escurría manchándolo todo a su paso. Hasta la falocracia y sus logros flaquearon ante la acechanza de "la peste roja", como denominó a tal fenómeno un periodista, segundos antes de suicidarse.

"Es una cruel broma del destino", opinaron algunos, llorosos frente a la contundencia de una sábana manchada, dada a conocer a través de internet cual inequívoca reliquia. Los ecologistas interpretaron el fenómeno como aterrador resultado de incontables pruebas con armas químicas. Científicos connotados releyeron sus tratados de fisiología en busca de explicaciones, y las multitudes organizaron desesperadas rutas de peregrinaje a santuarios milagrosos. En conferencia de prensa los grupos feministas, por fin unidos ante infundadas acusaciones, se declararon inocentes. El estupor era general ante la irresponsabilidad de la Luna, que infringiendo los límites de su jurisdicción, había perturbado cinco días en la vida de Henoc, varón adulto del poblado de San Gabriel.

Durante jornadas preñadas de estupefacción internacional, el rostro del prodigioso hombre fue depositario de la seguridad y la reciedumbre que sólo las grandes empresas de mártires y santos, o las notas místicas de un revolucionario, son capaces de moldear.

Era de origen incierto. "Hijo de la iglesia", lo llamó el sacerdote católico cuando lo halló a los pies del Altar del Perdón, recién nacido, abandonado dentro de una canasta para huevos. A lo largo de sus cuarenta y un años, nadie objetó su impecable comportamiento. Por ello, según declararon los sangabrielinos a la prensa alemana, la comunidad religiosa del pueblo no lo excomulgó cuando, niño aún, se atrevió a criticar en medio de un sermón de Semana Santa la falta de aplomo del primer hombre, llamándolo: "Farsante, comparsa silente de nuestra valerosa madre Eva".

La templanza del "Hijo de la Iglesia" contrastaba con una movilización mundial sin precedentes. Ni en sus mejores días las tropas soviéticas inseminaron territorios tan eficaz y ampliamente. En torno a la minúscula localidad y su prodigio se erigieron varios centros de estudio; también se crearon balnearios, elegantes boutiques y restaurantes de comida rápida. Nadie escatimó en gastos. En juego estaba el futuro de media

♦♦♦

humanidad, tambaleante a ritmo de categorías rotas y cuestionables definiciones genéricas.

Ningún hombre se sentía a salvo. En su fuero interno algo los ligaba insistentemente a calendarios lunares y remedios caseros contra el espasmo mensual. Los ecos del hermafrodita primigenio afloraban en forma de arrobo lacrimógeno en la sección infantil de los centros comerciales, y como urgente interés en temas como la violación y el aborto.

Psicólogos y sociólogos estudiaron cómo la conciencia masculina era presa de escalofríos e intensos ataques de histeria. El temor a una probable epidemia, observaron los especialistas, daba a cada uno de sus días un tufo apocalíptico. También registraron cómo ciertos varones, normalmente dueños de sí mismos, acostumbrados a hacer gala de dominio animal mediante efectivos y vistosos despliegues de agresión, palidecían frente a mujeres encintas, mal augurio que volvía necesaria la reedificación de sus criterios. Hay que añadir que no faltaron tímidas sonrisas de complicidad, esperanzadas en el acceso al universo mujeril sin costosas operaciones ni desprecios segregacionistas.

A lo largo de aquellos sobrecogedores meses, la respuesta solidaria de algunas mujeres se tradujo en el establecimiento de simposios interdisciplinarios, donde se discutió el nuevo rol de los géneros y fueron propuestas ciertas enmiendas al vocabulario en torno a la paternidad. Por fin el hombre estaría en condiciones de aceptar lo diverso. El diálogo, propuesto durante siglos de incomprensión mutua, era ya promesa en el horizonte.

Ajeno a tan vivos entusiasmos y violentos temores, Henoc permaneció imperturbable, diríase beatífico. Los interminables análisis y las cámaras televisivas que daban cuenta de cada detalle de su existencia, lo tenían sin cuidado. Únicamente alteró su mirada un súbito resplandor. Henoc aún tuvo tiempo de encomendarse a la voluntad divina, justo antes de que, azucena en mano, el rubio ángel levantara el índice al compás del venturoso anuncio: "Dios te salve..." ♦

